

Sarhua, Ayacucho: apuntes sobre poder local y elecciones municipales 1998¹

Carlos Iván Degregori
Ponciano del Pino
Mirko Solari

RESUMEN

Examina la dinámica de cambios sociales y políticos en una microrregión surandina (Sarhua) a finales del siglo XX. Aborda los temas de la violencia política, la recomposición social y procesos electorales, las apuestas políticas, aspiraciones colectivas y nuevas prácticas eleccionarias mostradas por nativos y migrantes durante el régimen político del fujimorismo.

El siguiente trabajo recoge algunas de las manifestaciones locales del complejo proceso de transformaciones que ha sufrido el escenario político peruano en las últimas décadas. Las tradicionales formas de representación de las aspiraciones colectivas han ido cediendo el paso a nuevas prácticas políticas caracterizadas por la convivencia de elementos tradicionales y modernos, y por un no siempre lineal paso de las formas autoritarias de ejercicio del poder hacia aquellas de carácter democrático.

Precisamente para el caso del área rural andina —y ayacuchana en particular—, una de las manifestaciones más visibles de este proceso de

¹ El presente artículo forma parte de una investigación más amplia sobre poderes locales en Ayacucho, auspiciada por el IEP y el Japan Center for Area Studies. Contó con el auspicio de la Dirección de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM. Carlos Iván Degregori es director de la Escuela de Antropología de la UNMSM, Mirko Solari es alumno de la Maestría de Antropología de la misma y Ponciano del Pino es profesor de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

cambios en la representación colectiva está dado por el tránsito de las comunidades a los municipios, en tanto espacios en los cuales los diversos actores sociales van propiciando nuevas formas de negociar sus intereses con el Estado y con la sociedad nacional. En ese sentido, los dinámicos procesos de distritalización y de pugna por el ejercicio de cargos municipales son la mejor muestra de la necesidad de replantear el área de estudio de las ciencias sociales en el Perú de las últimas décadas, tal como de una manera u otra ya se ha venido haciendo.

Como parte de la necesidad metodológica de establecer un orden cronológico para dar cuenta de los cambios ocurridos, hemos escogido, como en el caso de un estudio anterior, tres momentos ampliamente representativos: los años sesenta, que suponen el estudio de la dinámica social anterior al proceso de reforma agraria; los años ochenta, que son la expresión del impacto de la reforma, por un lado, y de la violencia política, por el otro; y los años noventa, marcados por un lento y a veces crítico proceso de recomposición social.

Sarhua es uno de los distritos de la provincia de Víctor Fajardo del departamento de Ayacucho. Se encuentra ubicada cerca de la confluencia de los ríos Caracha y Pampas, al sur del departamento, teniendo como capital distrital la comunidad del mismo nombre y como anexos las comunidades de Auquilla, Chuqui-Huarcaya, Aparu, Tomanga y Ccechahua. Las tierras de la comunidad se ubican entre los 3225 y 3600 msnm y la comunicación es sólo por camino de herradura, a dos o tres horas del final de la carretera. De acuerdo al censo de 1993, Sarhua tiene una población de aproximadamente 600 familias que hacen un total de 3113 habitantes. El 80% de la población es quechuahablante y el 20% es bilingüe; el 89% católica y el 10% evangélica, evidenciándose de manera clara en las últimas décadas el crecimiento de este último tipo de iglesias.

Sarhua y sus anexos han tenido un lugar importante en la antropología peruana. La permanente preocupación de la antropología andina, en particular, por encontrar ámbitos y/o reductos culturales de sólo muy incipiente presencia occidental y de una supuesta inalterable o casi pura expresión cultural andina, se plasmó en un marcado interés por estudiar aquellas comunidades que, como la de Sarhua y las de su entorno, manifestaban de manera contundente la presencia de aquellos rasgos definitorios de "lo más andino". Como era de esperarse, la corriente estructuralista de la antropología andina encontró en estas comunidades aquella especie de paraíso etnográfico que en décadas pasadas diera lugar a una amplia producción de estudios y trabajos siempre orientados a descubrir el carácter dualista de la organización social andina (al respecto, ver Earls y Silverblatt, 1977; Palomino, 1984; Quispe, 1969; etc.).

Esta tradición de trabajos antropológicos en Sarhua y en las comunidades vecinas se vio alimentada por el reconocimiento que fueron adquiriendo, no sólo a nivel nacional, las famosas tablas de Sarhua, verdaderos retratos —a la vez que expresiones artísticas críticas y reflexivas— de la vida cotidiana de la comunidad. Esta visión, si se quiere atemporal de la estructura y del funcionamiento comunal encontrará, como veremos luego, serias limitaciones cuando se repara en las numerosas formas de expresión individual y colectiva que van definiendo los propios actores sociales en la dinámica política de la localidad. Lejos de encontrarnos con una realidad inalterada a través del tiempo, nos encontramos, más bien, con una creciente, aunque a veces problemática, confluencia entre las aspiraciones y demandas comunales y la cada vez más marcada presencia del Estado y sus instituciones. En ese sentido, las cuatro últimas décadas constituyen el escenario sobre el que se construyen las bases sociales, culturales y políticas que permiten comprender el proceso electoral de 1998, quedando claro que la década de la violencia política dejó huellas indelebles en la vida de la comunidad. Los cambios y continuidades operados en ella y las formas de hacer política que van desde la orilla del autoritarismo hasta la de la democracia constituyen el punto de partida de los siguientes apuntes sobre el proceso electoral municipal de 1998.

Durante las últimas décadas se constata un cambio significativo en los liderazgos locales, lo cual supone un replanteamiento de las antiguas prácticas políticas, sin por ello significar una ruptura total con las tradicionales pautas del poder local. Si bien es cierto que el colapso del sistema de haciendas y la cada vez más extendida democratización de la sociedad peruana deberían idealmente haber puesto fin a la asociación existente entre poder político y marcadores étnicos, económicos, culturales y de género, la realidad parece demostrar que aquello que caracterizó el proceso fue un traslado del poder a sectores que fueron redefiniendo, muchas veces en términos muy similares a los anteriormente existentes, las tradicionales estructuras políticas. La extensión del sistema educativo fue el eje sobre el cual se impulsaron muchos de los cambios democratizadores de la sociedad rural. Sin embargo, paradójicamente todo parece indicar que es sobre esta nueva base de capital cultural que se van redefiniendo patrones de manejo de poder que no dejan de afirmar la subordinación simbólica y real de lo más indio, lo más pobre, lo más andino o lo más femenino. La relativización de estas categorías y su consecuente variación valorativa con relación a la mayor o menor presencia de la educación formal son importantes puntos a tratar.

DE COMUNIDAD A MUNICIPIO: LA JERARQUÍA DE AUTORIDADES A TRAVÉS DEL TIEMPO

El siguiente cuadro busca graficar los cambios que se han venido sucediendo en las últimas décadas con relación a las jerarquías de autoridades locales. Antes de ver en detalle algunos aspectos del proceso, cabe mencionar algunas particularidades propias de la localidad y, en algunos casos, de la región. En las décadas anteriores a los años sesenta el ya debilitado sistema de haciendas tenía en la autoridad comunal (personero) al principal personaje de vínculo con la estructura tradicional de la comunidad. Hacia los años sesenta todo parece indicar el debilitamiento y la desaparición del sistema de haciendas, hecho que de la mano con la elección y oficialización del cargo de alcalde distrital demuestra la coexistencia de formas organizativas tradicionales (varas), tradicional-legal (el personero comunal reconocido como autoridad local desde los años veinte) y oficiales contemporáneos (alcalde distrital). Hacia estas fechas la supremacía la tenía aún el personero de la comunidad. La llegada de los años setenta marca la emergencia de una nueva autoridad a partir de la promulgación de la Ley de Comunidades (1972). El personero sería reemplazado por el presidente de la comunidad, mientras que se iniciaba el declive de la autoridad de los varas, a la vez que se mantenía el cargo oficial de alcalde distrital. Los años ochenta suponen una ruptura drástica provocada por la irrupción de la violencia política y las hondas huellas que deja en la localidad y en la región. Se debilita casi totalmente la autoridad tradicional de los varas, prácticamente desaparece la autoridad oficial del alcalde e irrumpen, aunque de manera limitada aún, las rondas campesinas. Finalmente, con la recomposición social de los años noventa se afirma la autoridad edilicia, a la vez que las rondas y comités de autodefensa no dejan de ocupar el lugar de poder que ganaron durante el período de guerra interna.

A continuación, se presentarán algunos detalles de la dinámica social y política de Sarhua en las tres décadas que hemos recogido como referencia: 1960, 1980 y 1990.

... antes de 1960	'60	'70	'80	'90
Hacendado	Personero	Presidente comunidad		Alcalde
Personero	Alcalde	Alcalde		Rondas/CADs
Varas	Varas	Varas	Rondas / alcalde / Varas	
Comuneros	Comuneros	Comuneros	Comuneros	Comuneros

LOS AÑOS SESENTA

La gestión municipal de Leandro Vivanco Yucra (1966-1967) es sumamente representativa de la dinámica política sarhuina de los años sesenta. Una vez debilitado el sistema de haciendas, el mismo que, al parecer, no tuvo mayor incidencia en la política local de la zona durante las últimas décadas, se va dejando ver un escenario político dentro del cual las autoridades oficiales se encontraban aún subordinadas a la autoridad del Personero de la comunidad, es decir, de aquel cargo que se conoce en la actualidad como Presidente de la Junta Directiva Comunal. Tanto el alcalde como el juez de paz y el gobernador cumplían funciones políticas que, a todas luces, no alcanzaban el grado de reconocimiento social que aquel que poseía la autoridad comunal. Durante la gestión municipal de Vivanco Yucra el sistema de varas presente en los ayllus Sawqa y Qullana de la comunidad —el mismo que durante épocas anteriores constituyó el brazo funcional del sistema de haciendas en lo concerniente al reclutamiento de la población para los trabajos agrícolas y faenas colectivas en las haciendas— se encontraba en plena vigencia, pero esta vez como mecanismo de convocatoria para las faenas y trabajos dirigidos por el Personero de la comunidad o por alguna de las autoridades oficiales. Eran ellos “...los que (se) responsabilizaban con la comunidad de Sarhua de cualquier(a) de sus necesidades y dificultades” (Entrevista a Leandro Vivanco, 1999: 8).

Aun así, la figura del alcalde municipal no lograba constituirse como aquella que representara políticamente los intereses de la comunidad. La autoridad de los varas de cada ayllu no sólo residía en su capacidad de convocatoria para las faenas colectivas propuestas por el Personero de la comunidad o en la obligación que tenían éstos de “acompañar” las fiestas religiosas de Sarhua —lo cual da cuenta de algunos aspectos simbólicos del poder de estas autoridades tradicionales—, sino que el vínculo existente entre la respetada autoridad de los varas y aquella del personero comunal no lograba ser alcanzado en grado de representatividad por la autoridad oficial. Como lo señala Felimón Felices, “... la población también no tomaba mucha importancia a las personas que querían estar como alcalde (...) En esas fechas los alcaldes distritales se elegían en una asamblea comunal, ahí salía el ganador y a las elecciones entraban por cumplir nomás”. (Entrevista a Felimón Felices, 1999:7) No es casual, entonces, que la escasa experiencia partidaria provenga de esta particular política local. A pesar de dar a conocer su simpatía por el APRA, Vivanco es muy enfático en señalar que es recién en las décadas de los años setenta y ochenta que los partidos políticos (AP y el APRA, fundamentalmente) se hacen presentes con relativa fuerza al interior de la comunidad, logrando establecer vínculos de simpatía con algunos de sus pobladores, tal como ocurriera con él.

Es evidente, entonces, que hacia los años sesenta la jerarquía del poder se encontraba personificada en las figuras del personero de la comunidad campesina en la cúspide, el grueso poblacional en la base y el sistema de varas como elemento mediador entre ambas instancias sociales. Esta estructura de poder local suponía un reemplazo de la figura del hacendado en favor de la del personero de la comunidad, pero no necesariamente constituía una ruptura en cuanto a las formas de manejo del poder reflejadas en las redes de convocatoria de la acción laboral de los comuneros y en el aún vigente capital simbólico-religioso de los varas. El personero vino a reemplazar la antigua autoridad del hacendado —con obvias diferencias cualitativas de por medio—, pero en este contexto de incipiente ingreso de la política partidaria y de las consecuentes pautas políticas del Estado nacional peruano, lo que nos queda como clara evidencia es la coexistencia de la jerarquía de autoridades tradicionales y otra de autoridades oficiales —como el alcalde, el teniente gobernador, y el juez de paz—, estando estas últimas subordinadas aún al poder simbólico y fáctico de las primeras. Como veremos luego, el período de la violencia y la nueva realidad política nacional darán paso a una reconfiguración de la jerarquía de autoridades al interior de la comunidad.

LOS ENFRENTAMIENTOS POR LINDEROS COMUNALES Y EL INGRESO DE SENDERO LUMINOSO A SARHUA: LOS AÑOS OCHENTA

En Sarhua los conflictos heredados del pasado en torno a los linderos comunales se muestran como el escenario sobre el cual tanto Sendero Luminoso como el Ejército actúan sobre la vida social y política del poblado. Las décadas de los sesenta y setenta estuvieron marcadas por serios enfrentamientos por linderos entre las comunidades de Tomanga y Auquilla. A causa del conflicto con esta última, hacia 1979 se da la primera intervención policial en Sarhua, la misma que termina creando un cierto rechazo hacia esta presencia y a su mediación en el conflicto.

En los siguientes años los enfrentamientos intercomunales van cediendo el paso a pugnas intracomunales como la que se produjo en 1981 entre un personaje denominado Ñañaacchuari —miembro de la localidad del cual no tenemos mayores referencias— y ciertos líderes comunales sarhuinos. Este problema dejaría de parecer relevante si es que no fuera porque, tras ser denunciados ciertos comuneros como cabecillas terroristas por Ñañaacchuari, se produce en ese mismo año una violenta intervención policial. Los “sinchis” obligan a la comunidad a perdonar a Ñañaacchuari, hecho que exacerba los ánimos de los comuneros y finaliza con el asesinato del personaje.

A inicios de 1982 estaban creadas ya todas las condiciones que permitirían una inicial empatía entre muchos miembros de la comunidad y el discurso antimilitar y antiestatal de SL. Sobre la base de las tradicionales organizaciones comunales de Sarhua se van creando comités de captación y concientización (tales como las escuelas populares) que fueron desarticulando las formas tradicionales de organización interna, a tal punto que entre 1982 y 1984 es SL quien reglamenta incluso las prácticas agrícolas de la población. Como es evidente, todo hace suponer que SL logró cuajar con los sentimientos y expectativas generados por los conflictos intracomunales y buscó extender su ideología entre ciertos sectores educados de la población para posteriormente multiplicar sus filas de apoyo.

Sin embargo, la situación va girando lentamente hacia un desencanto de la población que se vio avalado por la constante llegada de noticias en torno a los asesinatos y masacres, y por la propia experiencia de los sarhuinos a partir de su convivencia con SL. En 1983 son asesinados el alcalde distrital y el ecónomo de la iglesia católica. Tal como nos lo narra Doña Felicitas Carrasco, viuda del alcalde Teófilo Yupari, " ... mi esposo tenía un hermano que se llamaba Máximo Yupari (...). Estando como jefe de SL en la comunidad de Sarhua iniciaba a odiar a las autoridades importantes, por ejemplo, a mi esposo. Su hermano propio ha llegado a odiar porque mi esposo estaba ejerciendo el cargo de alcalde distrital de Sarhua, y un poco tenía relaciones con las instituciones del Estado y esa vez venía la plata del Estado para realizar las obras en el pueblo de Sarhua y para sus anexos. Pero, según lo que creía su hermano, dicen (que) mi esposo no trabajaba bien, era una persona corrupta que la plata que venía del Estado hacía la inversión sólo con mi familia. Eso (es) la interpretación de su hermano (y) de otras personas..." (Entrevista a Felicitas Carrasco Vda. de Yupari: 4).

El "ajusticiamiento" de Teófilo Yupari no sólo fue el punto más álgido de la violencia política en Sarhua, sino que marcó el casi pleno retroceso de la incorporación a la vida política local de los partidos a partir de figuras que ya asumían una determinada filiación partidaria (en este caso, Yupari era acciopopulista). La tradición de conflictos intercomunales e intracomunales cederá el paso, en algunos casos como el mencionado, a un desmembramiento de aquello que juega un rol preponderante en la sociedad andina: la confianza en la estructura familiar.

En 1984, a raíz de la violencia, prácticamente desaparece la autoridad política formal en la comunidad y a partir de esta fecha se inicia un fenómeno que reconfigurará la dinámica social de la comunidad y la región: el masivo desplazamiento a las ciudades. Los años posteriores estuvieron marcados por el abandono del propio SL de sus bases de organización, como las

escuelas populares, a causa de la escasa participación de la población que prefirió resistir sin participar directamente en el movimiento o migrar si era posible o necesario. Por otro lado, los comités de autodefensa son el resultado de la formalización de las rondas campesinas, las cuales, para el caso de Sarhua, parecen haber surgido en años posteriores a la partida de SL, quizá como una expresión local de lo que en el ámbito regional ayacuchano constituyeron las múltiples organizaciones para la defensa antisubversiva.

Volviendo al inicial vínculo que estableciéramos entre enfrentamientos intercomunales y el ingreso de SL a Sarhua, todo parece indicar que SL supo valerse de estos conflictos para generar ámbitos de legitimidad que finalmente o hasta la primera mitad de los ochenta resultaron atrayendo la simpatía de no pocos segmentos poblacionales identificados no sólo con los ya mencionados conflictos, sino con un marcado rechazo a la acción que en esos años desempeñaban las FF.AA., lo cual no fue difícil de ser también aprovechado por SL.

Instituciones como la de los varas, donde la colaboración con SL y con el Ejército se dio de alguna manera como una estrategia venida de la necesidad de sobrevivir a la acción de ambos grupos, pueden ser muy gráficas con respecto a la conducta asumida por los sarhuinos durante el período de la violencia política. Aquella conducta jánica de la doble faz —cuestionada por algunos y comprendida por otros— fue quizá el principal mecanismo de defensa colectiva de los sarhuinos y probablemente de la mayoría de los campesinos ayacuchanos en general.

LOS AÑOS NOVENTA

Tras el período de mayor violencia política, la recomposición social interna parece haber sido temprana en Sarhua. Ya hacia fines de los ochenta muchos sarhuinos vuelven de Lima y Huamanga con nuevas ideas y propuestas para su comunidad. Sin embargo, los estragos dejados por la violencia reconfigurarán sustancialmente la dinámica social interna de la comunidad. De la mano con procesos políticos mayores, se irá percibiendo una nueva estructura de poder comunal basada principalmente en el afianzamiento de los cargos formales y en un consiguiente debilitamiento de la autoridad tradicional, tanto en lo referente al resquebrajamiento de la labor mediadora de los varas, como en lo relativo al traspaso del poder que se va dando desde la autoridad del personero comunal hacia la autoridad formal del alcalde distrital.

Retornando al tema de los alcaldes varas, sobre los cuales recayó gran parte de la responsabilidad de lidiar ambivalentemente con los intereses opuestos a los de la comunidad en tiempos de la violencia política, es preciso señalar que justamente este período de guerra interna fue debilitando el

poder simbólico y real de esta institución, el mismo que se basaba principalmente en el carácter tradicional-religioso de su autoridad y en su capacidad de convocatoria. La nueva realidad nacional, rural y sarhuina, en particular, nos plantea la existencia de importantes límites a la continuidad de la efectividad de dicha autoridad dentro del marco de una sociedad más integrada a lo urbano y a los nuevos referentes de autoridad, donde el simbolismo del poder tradicional se va debilitando. El carácter tradicional de la autoridad de los varas reposaba, en gran medida, en el sentido religioso de este cargo vinculado, por un lado, con las funciones rituales inherentes a esta autoridad, y, por otro lado, con la posibilidad de ejercer un control moral sobre los comuneros basado en la componente religiosa del cargo. En ese sentido, el proceso que va clausurando la autoridad de los varas en la comunidad debe ser entendido como parte del proceso de secularización del poder que, con más énfasis, se deja sentir en el área rural. Muestra de ello es el reemplazo del que van siendo objeto los varas en cuanto al poder de convocatoria y autoridad en favor de las funciones que van asumiendo las rondas y los comités de autodefensa (CAD): “... desde la formación de las rondas campesinas los *varayoqs* ya no cumplen sus funciones específicos (*sic*) como lo hacían antes. Actualmente los ronderos están compitiendo en sus obligaciones de ellos” (Entrevista a Felimón Felices, 1998: 12).

Sin embargo, esta reconfiguración de la jerarquía de autoridades debe también ser observada desde la perspectiva de la necesidad de buscar en el ámbito local instancias de intermediación con el Estado. Así, hacia los noventa en Sarhua se va afirmando el poder de la autoridad formal del alcalde distrital a medida que parece desvanecerse la capacidad de reconocimiento de la autoridad tradicional del personero de la comunidad. Es precisamente en el ámbito de la cada vez mayor pulsión por la intermediación con el Estado donde se ubica la efervescencia política de los noventa y, en particular, lo que se demuestra en el proceso electoral de 1998, tal como veremos luego.

El desplazamiento de la autoridad comunal tradicional en favor de la autoridad formal —visible en el caso del traslado de la autoridad comunal a la distrital— debe ser visto —nuevamente— no sólo como el resultado de un proceso político general o como una tendencia de la sociedad rural peruana en su proceso de integración a la sociedad nacional, sino también como el resultado de una creciente valoración de los municipios en términos económicamente atractivos. Es posible observar con mayor nitidez que, a partir de la promulgación del DL. 776 que le otorgaba mayores partidas económicas a los municipios distritales que a los provinciales, los cargos edilicios locales se fueron volviendo atractivos para sus aspirantes, pero supusieron, asimismo, la necesidad de desembolsar gastos no pequeños en la realización de las campañas políticas. Así, si bien es cierto que los

municipios se van presentando como un importante canal de acceso a recursos económicos, también queda claro que no todos pueden acceder a él en igualdad de condiciones y quizá ello explique por qué ya hacia el proceso electoral de 1998 serán básicamente los sectores de profesionales y de clases medias locales los que pugnarán con mayor fuerza por alcanzar el sillón municipal. Sintomáticamente se vuelve una verdad contundente a los ojos de los sarhuinos la idea de que antes las autoridades trabajaban por su comunidad y que ahora lo hacen por el dinero que recibe el municipio (por ejemplo, el dinero recibido por concepto del Fondo de Compensación Municipal). Como veremos luego, buena parte de los conflictos y críticas al interior del municipio tienen como base las denuncias por corrupción y malos manejos.

El testimonio de Felicitas Carrasco, nuevamente, nos es profundamente ilustrativo con respecto a aquel nuevo ingrediente presente en la motivación de participación política local: "... Yo creo que ahora las autoridades ya no (tienen) ese mismo cariño de trabajar concientemente para la comunidad; más bien que ellos tienen el interés personal. La gente ahorita está odiando al alcalde municipal por lo que no trabaja bien y por lo que es una persona de la ciudad que (no) es conocedor de la realidad de Sarhua. Sólo ellos vienen con el interés de sueldos..." (Entrevista a F. Carrasco, 1999: 6). Sin embargo, no debemos sostener la idea de que son sólo los nuevos líderes políticos aquellos que, a partir de la posibilidad de acceso a los cargos rentados, han ido generando una nueva percepción de los cargos políticos sustentada en lo potencialmente atractivos que resultan éstos desde el punto de vista económico. Cabe insistir en que dichas expectativas económicas no sólo nacen de aquellos sectores que logran acceder a los cargos municipales, sino que se han instalado dentro de la mentalidad de la población sarhuina como una posibilidad que no debiera ser exclusiva de quienes ejercen la autoridad política. La expectativa popular por ser beneficiarios parciales de la llegada de dichos recursos la reconocemos en las frases que, inmediatamente a continuación del testimonio anterior, nos relata la propia F. Carrasco: "... por eso actualmente nosotros rechazamos cuando nos obligan a trabajar en las faenas comunales gratuitamente, pero nosotras sabemos que en el concejo hay plata para que nos puede (*sic*) pagar. Así, más que nada, la población sarhuina no quiere participar en las reuniones y en los trabajos comunales porque no nos da la posibilidad de ganarnos nuestro centavito" (Entrevista a F. Carrasco, 1999: 6-7).

Este cuestionamiento a la exclusión de la que son objeto los comuneros por parte de la autoridad municipal que regía hasta las vísperas del proceso electoral municipal de 1998, es tomado por Felimón Felices como un elemento no característico de su gestión municipal (1993-1995): "... durante mi gobierno municipal yo hice varias gestiones para hacer obras en nuestro

distrito, de esa manera nuestros hermanos han tenido posibilidad de adquirir sus platitas” (Entrevista a Felimón Felices, 1999: 9). Lo que queda claro de toda esta situación es que las partidas presupuestarias distritales devienen en un importante objeto de atracción, tanto para las autoridades como para la población de la comunidad. El hecho de negarse a realizar faenas comunales a causa de la inexistencia de un incentivo económico nos dice mucho acerca del nuevo carácter de la mentalidad del campesino sarhuino.

El período municipal de Felimón Felices nos demuestra algunas de las características de la vida política sarhuina antes de la llegada del omnipresente aparato de campaña de Vamos Vecinos (VV, en adelante) para 1998, sin que ello signifique perder de vista que ya se viven manifestaciones nítidas de la política fujimorista. Las primeras expresiones del deseslabonamiento entre el plano distrital y el municipio provincial las observamos cuando se nos narra cómo los proyectos orientados a mejoras comunales eran directamente tratados con las instituciones gubernamentales como FONCODES, el PSCS o el CTAR-Ayacucho, sin mediar mayor relación con las instancias provinciales de Huancapi.

Al igual que sus predecesores de 1966-1967 y 1980-1983, Felimón Felices es sarhuino de nacimiento, quechuahablante, con una amplia trayectoria familiar de liderazgos comunales, con una temprana experiencia migratoria, siendo, asimismo, poseedor de un también creciente grado de instrucción con respecto a sus antecesores (a diferencia de Vivanco y Yupari, Felices sí realiza estudios secundarios). Felimón Felices representa, además, la ya plena ruptura con los partidos políticos. A pesar de existir el precedente de la filiación partidaria de su padre al APRA y a pesar de haber una mediana tradición de pertenencia a diferentes tiendas políticas por parte los anteriores alcaldes, Felices llega al municipio en 1993 a través del “Movimiento Independiente Juntos por el Desarrollo de Fajardo-Sarhua”. Los tiempos de la antipolítica, tan característicos de la década de los noventa, ya se dejaban notar en Sarhua.

En las vísperas del proceso electoral municipal de 1998 son, entonces, la amplia trayectoria familiar en el manejo de cargos públicos, la temprana experiencia migratoria y el creciente nivel educativo de cada autoridad los tres elementos de regularidad más visibles entre las autoridades políticas locales de los períodos municipales que hemos mencionado. Cabe, sin embargo, constatar que estaban dadas ya las condiciones para entrar en un período en el cual claramente podremos observar el reciclaje de muchas de las antiguas formas de ejercer el poder. Si bien es cierto que para esta fecha la autoridad del profesional tecnócrata o del docente no se habían puesto de manifiesto aún en el nivel formal, la reconfiguración del espectro sociopolítico local nos indica en qué medida la aceptación y legitimación de

un personaje en el cargo municipal pasa por el hecho de valorar positivamente su capacidad de gerenciar proyectos que beneficien a la comunidad y que sean rentables para los comuneros. Una vez más volveremos a mencionar a los varas para indicar cuán mellada se encontraba ya su autoridad hacia fines de los noventa y cómo se va construyendo, entonces, una relación más dinámica entre el alcalde distrital y los comuneros, sin la presencia de mediadores claros, pero sin que ello signifique la desaparición de referentes sociales que constantemente, como veremos, reciclarán antiguas formas de exclusión política basadas en marcadores étnicos, de clase y de género. La mejor expresión de este fenómeno estará dada por la reconfiguración de los liderazgos locales.

EL PROCESO ELECTORAL DE 1998

Es en este contexto de reconfiguración de los liderazgos locales que el proceso electoral municipal de 1998 resulta sumamente ilustrativo, no sólo para entender cómo es que se expresa esta nueva estructura en una contienda electoral, sino también para entender cómo la lógica de estos nuevos liderazgos se relaciona con el proyecto nacional hegemónico del fujimorismo.

¿Cómo acceder a VV?: La lógica de la fluidez de opciones

Como bien se recuerda, Vamos Vecino fue una organización política creada por el aparato de gobierno del fujimorismo a mediados de los años noventa con la finalidad de acceder a las cuotas de poder que ofrecían los gobiernos municipales.

A medida que fue expandiéndose y convirtiéndose probablemente en el más importante canal de negociación política entre los intereses gubernamentales y los de los actores sociales, fue evidenciándose, también de forma clara, su vocación por llegar a ser partido único. Las pretensiones de hegemonizar el espectro político en sus diferentes instancias (lo cual fue facilitado por la crisis de los partidos políticos) se manifestaba en la amplia y programada cobertura del proceso electoral en todas y cada una de las localidades a donde llegaban el Estado y sus instituciones. Así, las entidades estatales fueron aquellas que colaboraron de manera más directa con la plasmación de este proyecto político.

Con seis meses de anterioridad a la convocatoria electoral, el aparato oficialista ya se hacía presente en el área rural ayacuchana mediante el símbolo del tractor y mediante la acción indagadora de entidades públicas (Programa Nacional de Apoyo Alimentario, PRONAA, o Programa Nacional de Manejo de Cuencas Hidrográficas y Conservación de Suelos, PRONAMACHS, por ejemplo) orientada a conocer las preferencias o simpatías del electorado

ayacuchano. Una vez recogida esta información, el líder local de mayor aceptación debería ser convocado a las filas de Vamos Vecino para participar en el proceso electoral. Para el caso de Sarhua, la efervescencia política ya se dejaba manifestar en distintas organizaciones que entre mayo y agosto de 1998 llegaron a constituirse en un total de cinco candidaturas distritales: Vamos Vecino, Somos Perú, Por el Desarrollo de Fajardo-Sarhua, Fraternidad Fajardina-Sarhua y Nuevo Fajardo-Sarhua. Sin embargo, gran parte de la existencia de estas cinco opciones electorales se dio a causa de la imposibilidad de que todas las precandidaturas hayan podido acceder a la tutela partidaria de VV, tutela que todos pretendían alcanzar.

El siguiente cuadro muestra de manera simplificada la trayectoria de siete líderes locales —sobre los que detallaremos luego— en función de su inicial interés por participar en determinado movimiento político y tomando en cuenta, además, la conformación final de las listas:

TRAYECTORIA DE LÍDERES
(SARHUA PROCESO ELECTORAL DE 1998)

LÍDER LOCAL	INTENCIÓN INICIAL: Movimiento Político Ubicación en la Lista	COMPOSICIÓN FINAL: Movimiento Político Ubicación en la Lista
Plácido Conchari	W - Cabeza Lista	W - Cabeza Lista
Julián Cisneros	W - Cabeza Lista	W - Regidor
Felimón Felices	W - Cabeza Lista	SP - Cabeza Lista
Constantino Pomasoncco	W - Cabeza Lista	SP - Regidor
Paulino Pomacanchari	W - Regidor	Indep. - Cabeza Lista
Rómulo Carhuapoma	Indep. - Cabeza Lista	Indep. - Cabeza Lista
Dionisio Pomasoncco	Indep. - Cabeza Lista	Indep. - Cabeza Lista

WV: Vamos Vecino.

SP: Somos Perú.

Indep.: Independiente.

En las siguientes líneas narramos los rasgos más saltantes de la dinámica política de Sarhua hacia fines de 1998. A mediados de aquel mismo año tres líderes comunales poseían ya listas conformadas que se encontraban a la espera de la aceptación del partido oficialista. Así, Plácido Canchari Yupa, Julián Cisneros Pomacanchari y Felimón Felices Poma, quienes serían los que finalmente disputarían dicha candidatura, tuvieron que realizar posteriores reacomodos en función al resultado final que favoreció a Canchari, pero que no cerró las puertas de participación ni a Cisneros, ni a Felices, ni tampoco a Paulino Pomacanchari Yucra, quien después de ser excluido de la lista oficial de VV, organizó su propia candidatura, proponiéndose como cabeza de lista del Movimiento Independiente Fraternidad Fajardina-Sarhua. Asimismo, el ingeniero Constantino Pomasoncco, quien resultara finalmente el alcalde electo bajo el auspicio político de Somos Perú, también pugnó, aunque tarde, por participar en la lista del oficialismo.

Este complejo entramado del “carnaval político” del proceso electoral municipal de 1998 buscó ser resuelto, tal como ya se indicara, a través de un sondeo electoral que fue llevado a cabo en coordinación con la representación provincial de VV, autoridades locales como el gobernador y el alcalde distrital, las rondas campesinas y, evidentemente, las tres candidaturas “finalistas”. La asamblea comunal en la que se decidiría el liderazgo de la lista distrital de VV contó con la participación de alrededor de 120 varones y 158 mujeres —sólo provenientes de la capital distrital— que tuvieron que elegir entre las candidaturas de Cisneros, Felices y Canchari. Julián Cisneros, de 46 años de edad y con tercer año de educación primaria, contaba con una amplia trayectoria de ocupación de cargos políticos, en especial entre los períodos de 1984-1985 y 1987-1988 durante los cuales la acción subversiva fue bastante dura y amenazante hacia su persona. Felimón Felices, de quien ya diéramos cuenta anteriormente a raíz de su cargo político de alcalde distrital en el período 1993-1995, contaba también con cierto reconocimiento de la población por su trayectoria política. Por su lado, Plácido Canchari de 47 años de edad, se presentaba como un polémico personaje que, siendo egresado de la Facultad de Educación de la UNMSM de Lima, ejercía el cargo de director del colegio “Nuestra Señora de la Asunción-Sarhua”, habiendo sido además teniente alcalde entre 1993 y 1995. La mayor parte de cuestionamientos eran a su labor de director, a supuestos malos manejos de recursos y a una supuesta utilización de su cargo educativo en favor de su candidatura. Su esposa, Felicitas Pomasoncco, era, sin embargo, una lideresa de gran convocatoria en el ámbito del Club de Madres y del Programa de Alfabetización.

El proceso de elección del candidato local del oficialismo tuvo como rasgo característico la carencia por parte del comité electoral de ánforas y cédulas que pudiesen expresar —como “formalmente” ocurre— la voluntad

popular. Así, surgió la idea de que cada candidato se identificara con un determinado cereal, los mismos que después de ser depositados por cada elector en improvisadas tinas y baldes darían cuenta de la cantidad de votos. De esta manera, el haba simbolizaba la candidatura del profesor Canchari, el maíz la de Cisneros y la arveja la de Felices. El conteo final dio por triunfador al profesor Plácido Canchari. Julián Cisneros, que quedó en segundo lugar, fue convencido para participar como teniente alcalde (en la lista oficialista), pudiendo, además, incluir a los demás miembros de su preplancha política en la lista ganadora.

Este hecho provocó la exclusión de Paulino Pomacanchari, quien tenía que ceder su lugar en la lista original de Canchari a una candidata mujer, según lo estipulaba la Ley de Cuotas, la cual establecía la participación de un mínimo de dos regidoras mujeres en cada agrupación. Ante tal situación, Pomacanchari decidió postular con su propia lista y fue convocado por el Movimiento Independiente Fraternidad Fajardina-Sarhua: "... yo estuve apoyando a VV que encabezaba el profesor Plácido Canchari. Todas las "machorras" de los clubes de madres las (*sic*) apoyaron y a mí me despreciaron, marginaron. Por eso, más por mi capricho, decidí hacer la competencia al señor Plácido, pero al final él perdió y yo también" (Entrevista a Paulino Pomacanchari: 2).

Por su lado, Felimón Felices sería presentado a Constantino Pomasoncco, pujante sarhuino que estudió ingeniería en Lima y que, liderando la lista de Somos Perú, resultaría finalmente electo alcalde distrital. Felices integró, entonces, su plancha de precandidatura a VV a aquella que lideraba Pomasoncco, con la excepción de la presencia de Arnulfo Yance, huarcaíno con influencia política en los anexos. Fue precisamente el carácter eminentemente centralista de las candidaturas sarhuinas de Canchari y Cisneros el motivo que los habría alejado del triunfo en las urnas. La inicial negativa de ambos líderes en las preferencias electorales sarhuinas de unificar sus listas para VV, habría traído como consecuencia el necesario sondeo electoral que daría como ganador a Canchari. Según Julián Cisneros, la insistencia del comité provincial de VV para ese fin fue permanente. Se esgrimía el argumento de la necesidad de unir dos buenas opciones para así poder enfrentar las posibilidades electorales de los anexos: "... los representantes del partido VV (...) nos empiezan a hablarnos diciendo: Ustedes son netamente sarhuinos y por qué tienen que presentarse como distintos candidatos; deberían unirse para que de esta manera ganen a los candidatos de anexos que vienen con fuerza" (Entrevista a Julián Cisneros, 1999: 1). La incorporación de Cisneros a la lista de Canchari fue asumida por el primero como una obligación que le impuso VV y, en ese sentido, manifiesta haberse opuesto constantemente a dicha unión, pues él discrepaba con Canchari (debido a las serias acusaciones en torno a su labor como

director del colegio “Nuestra Señora de la Asunción-Sarhua”) y ya tenía su propia lista conformada. Cisneros adjudica a este desacuerdo interno el fracaso en las ánforas.

Los siguientes cuadros buscan graficar la recomposición de las candidaturas y listas que pugnarán por su incorporación a VV:

PRECANDIDATURAS PARA VV:

Plácido Canchari (A) “haba”	Julián Cisneros (B) “maíz”	Felimón Felices (C) “arbeja”
Lista (A)	Lista (B)	Lista (C)

CONFORMACIÓN FINAL Y RECOMPOSICIÓN DE LAS LISTAS DE LOS ORIGINALES ASPIRANTES A LA CANDIDATURA DE VV:

Vamos Vecino	Somos Perú	M. I. Fraternidad Fajardina-Sarhua
Plácido Canchari (A)	Constantino Pomasoncco (D)*	Paulino Pomacanchari (antes Lista A)
Julián Cisneros (B) + Lista (B)	Felimón Felices (C) + Lista (C) + Arnulfo Yance (huarcaino)	Lista (A)

* Incluimos aquí a Pomasoncco en la medida en que, aún sin participar de las precandidaturas de VV, manifestó haber tenido la intención de ser parte de la lista oficialista.

El elemento relativo a la búsqueda de unificación de las candidaturas, es decir, la necesidad de frenar las posibilidades electorales de los anexos, es un punto sumamente relevante dentro de una dinámica social marcada por el divorcio entre la capital distrital, Sarhua, y los cinco anexos (Auquilla, Chuqui-Huarcaya, Aparo, Tomanga y San Antonio de Ccechahua). La directiva de VV venida desde Huancapi con el fin de unificar las dos opciones aparentemente más seguras en el sentido de enfrentar a los anexos, bien pudo haber sido una táctica que de igual modo se pudo haber puesto en práctica en los anexos para enfrentarlos contra Sarhua. Aunque en otras localidades la tendencia de las listas pareciera haberse dado en el sentido de buscar candidatos entre el distrito y los anexos para viabilizar una victoria electoral, lo importante de este caso particular es la existencia de un criterio político de afianzamiento de las diferencias internas, las mismas que históricamente ya se habían venido demostrando en el distrito. El ver cómo desde el discurso oficial (o desde la práctica política de los representantes del oficialismo), para el caso de Sarhua, se fomenta el separatismo

local —hecho confirmado por la enorme tendencia en las últimas décadas a procesos de distritalización— es de suma importancia para analizar el claro deseslabonamiento entre lo local, lo regional y lo nacional.

En el proceso electoral de 1998 el único referente supralocal fue Huancapi que venía a ser el punto necesario de relación entre el voto provincial y el distrital, sin que ello implique una visión política ni siquiera de corte regional entre los actores sociales. La forma política que cobró el proceso fue, si se quiere, de carácter sublocal, pues tendió a resaltar las diferencias desde el plano distrital hasta el nivel de los anexos. Buena muestra de ello es que los miembros de casi todas las listas procedían de la capital distrital, con entera excepción de la candidatura de Rómulo Carhuapoma, quien participó por el “Movimiento Independiente por el Desarrollo de Fajardo-Sarhua”.

Carhuapoma configuró una lista conformada plenamente por pobladores de los anexos y, en particular, de Chuqui-Huarcaya, su tierra natal. Su consigna era hacer participar a los anexos de la vida política y de los beneficios a los que sólo accedía Sarhua como capital distrital: “... justamente hemos encontrado las anomalías que hacía (el alcalde) y planteamos la denuncia en (...) Huancapi. Esa mala actividad del gobierno local, digo una vez más, me llevó a decidir como candidato para el alcalde distrital de Sarhua y, por otro lado, la comunidad de Huarcaya y Auquilla me han elegido para yo ser como candidato, pero siempre pensando de (*sic*) que los anexos del distrito de Sarhua, hasta cuándo vamos a estar marginados, olvidados y engañados por unos grupos muy reducidos que gobiernan a nuestro distrito. Así, la población huarcaína me incentivó para yo fortalecer mi organización política” (Entrevista a Rómulo Carhuapoma, 1999: 2-3).

Según Carhuapoma, su campaña fue financiada por los chuquiuarcaínos residentes en Lima y, aunque no llegara a ganar, su participación fue decisiva. Tal como ya lo sugiriéramos anteriormente, todo parece indicar que la derrota de VV se debió precisamente al hecho de haber ignorado los votos de los anexos: los resultados de los comicios colocarían en un segundo lugar en las preferencias electorales a esta lista “anticentralista” dentro del plano local.

El triunfo final en la candidatura de VV por parte de P. Canchari parece haberse debido, a todas luces, a la influencia de su esposa sobre el sector femenino en su calidad de lideresa del Club de Madres y del Programa de Alfabetización. Tras el triunfo de su esposo —y tras los ya citados reacomodos— las cinco listas distritales quedarían conformadas de la siguiente manera, según su liderazgo de candidatura: Vamos Vecino (Plácido Canchari), Somos Perú (Constantino Pomasoncco), Movimiento Independiente por el

Desarrollo de Fajardo-Sarhua (Rómulo Carhuapoma), Movimiento Independiente Fraternidad Fajardina-Sarhua (Paulino Pomacanchari) y Movimiento Independiente Nuevo Fajardo-Sarhua (Dionisio Pomasoncco Quispe).

Vamos Vecino	Somos Perú	M.I. Por el Desarrollo de Fajardo-Sarhua	M.I. Fraternidad Fajardina-Sarhua	M.I. Nuevo Fajardo-Sarhua
Plácido Canchari	Constantino Pomasoncco	Rómulo Carhuapoma	Paulino Pomacanchari	Dionisio Pomasoncco

Asimismo, tal como ya lo mencionáramos, la lista ganadora en los comicios fue la de Somos Perú con Constantino Pomasoncco a la cabeza. El segundo y el tercer lugar lo ocuparon la lista de "Juntos por el Desarrollo de Fajardo-Sarhua" y la de VV, respectivamente. A continuación, presentamos la conformación de las tres listas más votadas, las mismas que dan buena cuenta de la relación existente entre procedencia de los candidatos, divorcio entre la capital distrital y los anexos, y los resultados electorales finales.

Conformación de la lista de Somos Perú:

N° de orden	Nombre	Idioma materno	Edad	Sexo	Grado de Instrucción	Lugar de Procedencia	Ocupación
Alcalde	Constantino Pomasoncco	Quechua	63	M	Superior completa	Sarhua	Director de Obras comunales
01	Felimón Felices	Quechua	50	M	Secundaria incompleta	Sarhua	Activista de la Iglesia Católica
02	Porfirio Ramos	Quechua	38	M	Secundaria incompleta	Sarhua	Pdte. Centro Artesanal
03	Arnulfo Yance	Quechua	39	M	Primaria completa	Huarcaya	Agente Municipal Huarcaya
04	Aguida Canchari	Quechua	40	F	Primaria completa	Sarhua	Comunera
05	Florentina Berrocal	Quechua	28	F	Secundaria incompleta	Sarhua	Comunera

Conformación de la lista del Movimiento Independiente Por el Desarrollo de Fajardo-Sarhua:

Nº de orden	Nombre	Idioma materno	Edad	Sexo	Grado de Instrucción	Lugar de Procedencia	Ocupación
Alcalde	Rómulo Carhuapoma	Quechua	43	M	Superior	Huacaya	Director Colegio "San Cristóbal de Chuqui-Huacaya"
01	Saturnino Quichua	Quechua	53	M	Secundaria incompleta	Sarhua	Pdte. APAFA escuela de Sarhua
02	Eduardo Tudelano	Quechua	30	M	Secundaria completa	Huacaya	Pdte. comunal y promotor de Alfabetización-Huacaya
03	Virgilio Yance	Quechua	25	M	Secundaria completa	Auquilla	Miembro de un conjunto musical de Auquilla
04	Nélida Cancho	Quechua	22	F	Secundaria completa	Huacaya	Pdta. Programa Vaso de Leche Huacaya
05	Élida Núñez	Quechua	25	F	Secundaria completa	Aparo	Pdta. Programa Vaso de Leche - Aparo

Conformación de la lista de Vamos Vecino:

Nº de orden	Nombre	Idioma materno	Edad	Sexo	Grado de Instrucción	Lugar de Procedencia	Ocupación
Alcalde	Plácido Canchari	Quechua	47	M	Superior	Sarhua	Director de la escuela de Sarhua
01	Julián Cisneros	Quechua	46	M	Primaria incompleta	Sarhua	Vice-Pdte. Asociación de retornantes
02	Gaudencio Chacón	Quechua	35	M	Primaria incompleta	Sarhua	Miembro del Centro Artesanal
03	Martín Páucar	Quechua	38	M	Primaria incompleta	Auquilla	Agente comunal CC. de Auquilla
04	Mercedaria Sarhua	Quechua	31	F	Secundaria completa	Sarhua	Comunera
05	Felicitas Serna	Quechua	39	F	Primaria incompleta	Sarhua	Secretaria Gral. Club de Madres - Sarhua

La conformación de estas listas —las tres más importantes del proceso electoral municipal de Sarhua en 1998— nos lleva a realizar una serie de reflexiones en torno a la naturaleza de la representación política en la localidad. En cuanto al tema de género, queda claro que el papel que desempeñan las mujeres es básicamente el de “complemento” de la lista en la medida en que así lo requería la Ley de Cuotas. De otra forma no se explica que en los tres casos sean precisamente las mujeres las que ocupen los dos últimos lugares en cada conformación de lista. Otro aspecto resaltante es el referido al nivel educativo o grado de instrucción de los candidatos: Se evidencia que los tres personajes cabezas de lista cuentan con educación superior, a diferencia de todos los demás miembros de sus listas. Asimismo, una tercera parte de los candidatos presentados (seis) ha accedido al nivel primario, mientras que la mitad, ocho, del total de 18 han accedido a la educación secundaria. Aun así, es posible afirmar que el nivel educativo de los candidatos tiende a ser mayor con la ampliación del sistema educativo.

Con relación al tema de la procedencia de los miembros de las listas, resalta el hecho de que en su mayoría (en este caso en dos listas) los candidatos provengan de la capital distrital, incorporando a tan sólo un representante de los anexos. No es extraño, entonces, que la lista de corte anticentralista a nivel distrital (“la de los huarcaínos”) haya incorporado sintomáticamente a tan sólo un representante de la capital distrital en la lista entre sus candidatos. Finalmente, es importante señalar que, a diferencia de la tendencia que se observa en otros ámbitos —rurales y no rurales— a percibir una disminución de la edad entre los candidatos. Para el caso de Sarhua esto sería sólo aplicable en los casos de los candidatos a regidores, y de manera parcial. Los tres candidatos a la alcaldía señalados pasaban de los 40 años, y quien logra vencer en la contienda electoral supera los 60 años. Quizá sea posible asociar este hecho a la permanencia de los criterios tradicionales sobre los cuales se ejercía la elección, uno de los cuales —probablemente el más importante— tiene que ver con un rango de edad relativamente alto.

Un bróker al municipio: candidatura externa y la nueva lógica de la intermediación política

Constantino Pomasoncco, alcalde electo para el período 1999-2002, parece haber sido una posibilidad en la que VV no llegó a reparar en el ámbito local. Ingeniero de profesión, Pomasoncco fue convencido para participar en el proceso electoral por el antropólogo de la UNSCH Uriel Salcedo, en la ciudad de Huamanga. Dirigente de una organización cultural y deportiva de los sarhuinos residentes en Lima durante su época de estudiante, en 1977 retorna a Ayacucho y en 1980 vuelve a Sarhua a través de la oficina de COOPOP de Huancapi. Entre 1984 y 1986 trabajó para la oficina de la

microrregión de Cangallo y posteriormente en el gobierno regional de Los Libertadores-Wari. Desde 1992 vino laborando en una oficina particular de elaboración de proyectos técnicos, desde donde se han realizado obras para la comunidad de Sarhua y sus anexos. Sus potencialidades electorales fueron calibradas por Salcedo en 1998, pero fueron básicamente su vocación de bróker para su localidad y la no pequeña cantidad de amigos, compadres, ahijados y hermanos de juramento, aquellos elementos que le proporcionaron la victoria en los comicios. Pomasoncco acusa al alcalde saliente de "haber aislado a los sarhuinos de conseguir apoyo" (Entrevista a Constantino Pomasoncco, 1998: 2) y considera, como gran parte de los candidatos, que el desarrollo de Sarhua pasa necesariamente por la culminación de la construcción de la carretera y por la electrificación de los poblados. Pomasoncco es enfático en señalar que, de no haber tomado contacto con el comité provincial de Somos Perú en Huancapi, habría recurrido a buscar apoyo en las puertas de VV.

La candidatura de Constantino Pomasoncco y su triunfo electoral nos revelan la aparición de una nueva lógica política. Lejos ya de la autoridad moral —vinculada a lo religioso— de los *varayoq* o del poder de los tradicionales alcaldes de trayectoria edilicia, con Pomasoncco se impone una nueva forma de legitimación de liderazgos políticos locales y de percibir, por parte de los electores, la dinámica política local. La lógica de la representación de la comunidad como cuerpo social —ya sea bajo la figura del personero o del alcalde— va cediendo a otra que privilegia la intermediación pragmática con el Estado. En 1998 es una candidatura en gran medida externa aquella que llega al sillón municipal de Sarhua; la capacidad de gerenciar proyectos en favor de la comunidad y en beneficio de la economía familiar de los comuneros va desplazando a la lógica de la autoridad tradicional al servicio de los intereses de la localidad. Como correlato del proceso de creciente valoración económica de los municipios, la elección de Constantino Pomasoncco constituye en cierta forma la instalación formal en el gobierno municipal de una lógica de acción política y social que, ya presente a lo largo de los años noventa, puede ser definida como más cercana a lo neoliberal que a lo "tradicional-comunal". Al parecer, las nuevas necesidades y prioridades que plantea la realidad social y económica del país en las recientes décadas, así como el discurso ideológico venido desde el Estado, fueron rápidamente asumidos y digeridos por los actores sociales sarhuinos hacia los últimos comicios electorales de los noventa.

Deslocalización: deseslabonamiento político vs. redes sociales

Una dimensión bastante interesante en el análisis del proceso electoral de 1998 es el papel jugado por los "retornantes". El deseslabonamiento no

debe ser concebido tan sólo como una desarticulación de las instancias locales, regionales y nacional. Por lo contrario, debe ponerse énfasis en el análisis de la desarticulación al interior de un mismo grupo local. A pesar de estar constituidos en la "Asociación de Retornantes de Lima y Ayacucho", este sector de la población, según los testimonios recogidos, parece mantenerse al margen de la vida política local. Desde 1996 realizan coordinaciones con el PAR y eventualmente con el PRONAA, pero no logran articularse del todo con la población que permaneció en Sarhua durante la violencia política. Las relaciones con su entorno parecen ser limitadas y su participación en los asuntos comunales es, consecuentemente, mínima. Es en este sector donde se encarna probablemente con mayor nitidez el discurso antipolítico que prevaleció durante la última década.

Cabe señalar aquí la opinión que tiene Julián Cisneros, vicepresidente de la mencionada Asociación de Retornantes y ex candidato de la lista de VV, acerca del papel que juega este sector en la dinámica política local: "Bueno, los retornantes no cumplen ningún cargo de la actividad política, más bien ellos tienen una organización aparte, "Asociación de Retornantes de Lima y Ayacucho". Se organizaron para reclamar ayuda de la oficina PAR. Cargo dentro de la comunidad, todavía no ocupan" (Entrevista a Julián Cisneros, 1999: 6). Salta a la vista en este testimonio no sólo la distancia que Cisneros toma con respecto a la asociación que integra y de la cual es dirigente, sino también el escaso nivel de representatividad que la asociación logra tener. En última instancia, Cisneros, a pesar del cargo ejercido, no es un retornante pues permaneció en Sarhua durante el período de la violencia política. Este hecho dice mucho acerca del lugar poco expectante que ocupa este sector de la población sarhuina.

A pesar de lo anteriormente mencionado, cabe señalar que el deseslabonamiento político que caracteriza la vida política regional y local — que, tal como hemos observado, guarda relación directa con el proceso de deslocalización vivido por los "retornantes"—, no tiene como correlato una carencia de redes sociales entre los actores. Si a pesar de estar desarticulados en el plano político formal, las redes sociales trascienden el ámbito de lo local y llegan a extenderse hacia otros continentes (existe una asociación de sarhuinos en España), vale la pena preguntarse por qué ambas instancias se encuentran aparentemente divorciadas o sin mayor vínculo.

"Riqchari Llaqta" y el Centro Unión de Estudiantes Sarhuinos residentes en Ayacucho

El fuerte movimiento migratorio hacia las ciudades, ha dado lugar a la formación de numerosas agrupaciones sarhuinas de distinto carácter en el Perú y el extranjero. "Riqchari Llaqta" y el Centro Unión de Estudiantes

Sarhuinos residentes en Ayacucho son dos asociaciones culturales integradas, en su mayoría, por jóvenes estudiantes sarhuinos de la UNSCH. La posición tomada por estas organizaciones estudiantiles durante las elecciones municipales resulta de suma importancia. Su apuesta por el voto viciado y/o en blanco y la campaña de críticas a los cinco candidatos y al ex alcalde, dan cuenta de la existencia de formas alternas de percibir el fenómeno político local. Con miras a formar un movimiento político para el año 2002, estas dos asociaciones culturales deberán demostrar cuánta empatía puede existir entre los cuestionamientos a la política sarhuina puesta de manifiesto en los comicios de 1998 y las reales aspiraciones del electorado.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

La convivencia de prácticas políticas tradicionales y modernas parece ser básicamente un mecanismo de adaptación a las nuevas formas políticas que se han ido construyendo en las últimas décadas. Los sarhuinos hacen política apelando a los tradicionales vínculos de parentesco o a los grupos de pares comunales, pero también atendiendo a los vínculos de profesión, a las "alianzas estratégicas" establecidas en torno a nuevos sectores sociales como los evangélicos o los clubes de madres a cambio de votos, o al reciclamiento del clientelaje político a través de actividades deportivas, regalos, comida y alcohol (elementos que encuentran su sustento dentro de una lógica de reciprocidades).

Expectativas por acceder a VV, fluidez de opciones y postdiscurso

Qué se puede extraer hasta este momento como una conclusión parcial con relación al generalizado deseo de formar parte de VV? Como ya se ha venido formulando, VV representaba un importante canal de recursos económicos y conexiones políticas. Adherirse a VV no suponía necesariamente un compromiso con el proyecto nacional hegemónico fujimorista (Del Pino: 25). Los propios candidatos señalan que ellos tenían muy en claro que este movimiento político iba en la misma línea del gobierno y que a través de él podrían quizá, tal como se les había ofrecido, financiar no sólo obras para el pueblo, sino también su propia campaña electoral. Todo esto evidencia la "fluidez de opciones que utilizaron los líderes (...) para acceder al gobierno local (de tal modo que) dentro de estas lógicas fluidas, VV termina siendo apropiado bajo intereses locales como un movimiento independiente más a nivel distrital" (*ibidem*, 25).

Al indagar acerca de la percepción que tienen los candidatos acerca de la gestión gubernamental de Fujimori, esta hipótesis parece verse reforzada. A pesar de existir un consenso con relación a los logros del gobierno fujimorista

(los ya clásicos y generalizados reconocimientos a la pacificación interna y al Tratado de Paz con el Ecuador, y sumado a ellos un reconocimiento al apoyo recibido en el área rural) los candidatos entrevistados son todos muy enfáticos en cuestionar la extrema pobreza, el creciente desempleo, la corrupción y el autoritarismo. ¿Se puede criticar tanto al gobierno y, a la vez, representarlo electoralmente? ¿Se trata, en el caso de los candidatos que ejercieron presión por entrar a VV, de un “post-discurso”, es decir, de un discurso posterior a los comicios y desde la esquina del derrotado? ¿Se habrían planteado los mismos problemas nacionales —e incluso las críticas a VV— si es que hubiesen sido admitidos en el partido del gobierno y si es que hubiesen ganado bajo el símbolo del tractor? ¿Estamos ante una lógica pragmática de apoyo partidario en función de resultados positivos y de rechazo y crítica en función de resultados electorales negativos? Quedan innumerables dudas al respecto. Lo único cierto es que estas apreciaciones son una muestra más de aquella fluidez —en este caso de criterios— a la que ya se aludió.

La lógica de la “fluidez de opciones” se muestra, por lo tanto, como una realidad evidente ante la aparición de la posibilidad de acceder al ejercicio de la autoridad pública en un contexto de municipalidades económicamente atractivas y de ofertas electorales igualmente deseables por parte de VV. Los nuevos liderazgos políticos surgidos en Sarhua principalmente bajo el influjo de la educación formal no tardaron en pretender acceder a tan importante canal de participación electoral. La incorporación a Vamos Vecino en las postrimerías del fujimorismo servía para acceder a un no pequeño caudal de recursos, pero no necesariamente significaba un compromiso con el proyecto nacional; sin embargo, queda claro también que las pretensiones hegemónicas del proyecto nacional fujimorista, al no basarse tan sólo en las lealtades políticas generadas por el compromiso y la participación en el aparato legislativo estatal, encontraban en el aprovechamiento e incentivo a los liderazgos locales desarticulados una de sus más nítidas formas de perpetuación. La funcionalidad de esta fluidez de opciones a la lógica localista orientada al deseslabonamiento que ha caracterizado a la política del poder central del período 1990-2000, no quita, sin embargo, la acción política de estos actores.

Idioma(s) y simbolismo del poder: la reproducción de la diferencia

Es importante tomar en cuenta la manera como se van reacomodando —en un contexto de rupturas, continuidades y reciclajes— antiguas formas de ejercer el poder basadas en referentes culturales, étnicos, de género y de clase. Uno de los principales indicadores del manejo del poder, en este sentido, es el uso del idioma. En el carnaval electoral de 1998 la lengua se constituyó como una importante forma de sugerir o afirmar la diferencia. Los candidatos realizaron la mayor parte de la campaña en quechua, pero aquellos que

poseían una mayor fluidez que los demás en el uso del castellano —es decir, los profesionales y docentes— utilizaron esta lengua para dirigirse al público de estudiantes, demás profesionales y autoridades, los cuales, aun sabiendo el quechua probablemente mejor que el castellano, recibían no sólo un mensaje político electoral, sino también un mensaje ideológico en torno a cómo se estructura la diferencia y cómo se simboliza ésta mediante el lenguaje: "... (durante la campaña) siempre traté de hablar en el idioma quechua para todas las personas, salvo cuando tenía reuniones con los alumnos, profesionales y con las personas populares de la comunidad. Ahí sí he tratado de hablar en castellano" (Entrevista a Rómulo Carhuapoma, 1999: 8). El que no puede utilizar este capital simbólico del lenguaje sigue siendo un "indio, serrano, chacarero, chaccha-coca", mientras el que sí lo logra utilizar suele —y puede— autocalificarse como "cholo" (léase "no indio" o mestizo), profesional y de clase media. El testimonio de Paulino Pomacanchari es muy revelador al respecto: "... por ejemplo, a mí me marginaron (durante la campaña) por lo que no hablo bien el castellano. Me dicen 'indio, serrano, chacarero, chacchacoca', pero esas palabras para mí es normal. Y a los candidatos que sabían hablar correctamente el castellano se les respetan. Seguramente ellos serán los mestizos ..." (Entrevista a Paulino Pomacanchari: 3-4).

Todo parece indicar que esta oposición dicotómica que se da entre el uso del castellano y del quechua no guarda una correspondencia directa con la relación capital distrital-anexo, como lo podría sugerir la tradicional oposición entre centro y periferia que, sin embargo, sí posee validez para explicar el carácter de otro tipo de conflictos locales. Es la tensión entre el sector educado y el no educado aquello que parece vincularse estrechamente con esta simbología del poder manifiesta en el uso de los dos idiomas.

Mujeres: la persistencia de la exclusión

La fórmula dicotómica educado / no educado no sólo otorga validez a formas de manejo del poder sustentadas en el uso del lenguaje, sino que parece legitimar también la subordinación femenina. Así, la resignación a aceptar mujeres —a causa de la Ley de Cuotas que normaba que como mínimo 2 miembros de cada lista fuesen mujeres—, sugiere en más de un comentario de los candidatos hombres que las sarhuinas, sólo si es que fuesen educadas, "como sucede en otros lugares", podrían asumir cargos públicos. La realidad demuestra que, bajo esta premisa, falta aún no poco tiempo para que esta "potencial autoridad femenina" recién sea socialmente aceptada. Como señala Julián Cisneros: "... por eso digo que no es importante la presencia de mujeres en los gobiernos del municipio aquí en Sarhua, pero en las ciudades existen mujeres con conocimiento que saben hablar en

cualquier sitio (...). A las mujeres lo (*sic*) hemos buscado solamente para que nos acompañen y sólo por obedecer a la ley; cuando ganábamos, no las hubiéramos incluido..." (Entrevista a Julián Cisneros, 1999: 4). Sin embargo, no faltó quien anticipara que, "como ya se ha dado en otros lugares", existe probablemente una relación estrecha entre autoridad política femenina y corrupción: "... las mujercitas todavía no tienen su poder, al menos aquí en la chacra. Ellas no tienen educación, aunque algunas proceden bien y otras piensan solamente en sus casas, en sus hijos. También cuando una mujer ocupa alguna autoridad sucede la corrupción, como ya escuchamos en otros lugares" (Entrevista a Paulino Pomacanchari: 3).

De este modo, queda claro que el capital simbólico que legitima la estructura de poder local hacia fines de los noventa, es decir, la época en la cual se realizan los comicios municipales, está dado en gran medida por una asociación entre grado de instrucción, capacidad de gerenciar proyectos y acceso a los recursos simbólicos que permiten distanciarse de las posibilidades de poseer atributos o características más indias, más andinas y más femeninas. Evidentemente el discurso formal suele ser otro y es precisamente en la práctica cotidiana en donde se encuentran los grandes límites de los discursos en torno a la igualdad, los cuales son asumidos parcialmente por buena parte de los candidatos.

Es importante reparar en las prácticas políticas de estos nuevos líderes no en términos de buscar corroborar que algunos de ellos fueron engañados por VV (lo cual es sostenido en más de una ocasión sin dejar de poseer algo de verdad). Es necesario concebir los nuevos liderazgos no como el producto de simples engaños, sino como el resultado de tácticas y estrategias de determinados actores sociales inscritos dentro de un aparato político ciertamente más poderoso que los poderes locales desarticulados, pero capaz de otorgar pequeños márgenes de acción que no dejan de ser aprovechados. La figura de Fujimori —hasta antes de su renuncia y fuga—, parece ser observada con reconocimiento, a la vez que con reparos. No parece, en absoluto, haberse configurado una doctrina política de carácter fujimorista. El fujimorismo, visto desde abajo, parece ser asumido desde lo cotidiano, desde lo inmediato.

BIBLIOGRAFÍA

DEL PINO, Ponciano

s/f "Ciudadanía y la cultura política local en Ayacucho. El caso de las elecciones municipales."

EARLS, John e Irene SILVERBLATT

1977 "El matrimonio y la autoconstrucción de alianzas en Sarhua (Ayacucho-Perú)". En *Boletín del IFEA* VI (1-2), Lima.

PALOMINO, Salvador

1984 *El sistema de oposiciones en la comunidad de Sarhua*. Lima, Pueblo Indio.

QUISPE, Ulpiano

1969 *La herranza en Choquehuarcaya y Huancasancos*. Lima, Instituto Indigenista Peruano.